

Los dilemas de la dominación Noam Chomsky*

Quisiera expresar mi profundo agradecimiento por la oportunidad de formar parte de esta conferencia. También es un enorme placer visitar Cuba por primera vez, una visita postergada por mucho tiempo. Finalmente, aquí estoy, muy a gusto de estar con todos Uds.

Una nueva doctrina

Hace un año, en septiembre de 2002, ocurrieron una serie de hechos cuyas consecuencias de significativa importancia afectaron el ámbito internacional.

El primero fue el anuncio de la doctrina de Seguridad Nacional de la administración de George W. Bush. En pocas palabras, Estados Unidos anunciaba la intención de dominar el mundo de forma permanente utilizando la fuerza si fuera necesario –la fuerza es la dimensión en la cual Estados Unidos reina sin contrapesos– y la pretensión de eliminar todo desafío potencial a su dominio.

Esto ocasionó una reacción en todo el mundo. No porque se tratara de algo completamente nuevo. De hecho no lo es, ya que existen muchos antecedentes que datan de los primeros años de la Segunda Guerra Mundial aún antes de que Estados Unidos hubiera ingresado al conflicto bélico. En aquellos tempranos días, los líderes norteamericanos sabían que la guerra terminaría con Estados Unidos en una posición dominante en el plano internacional. Numerosas reuniones se sucedieron entre los planificadores y estrategias del Departamento de Estado, y los expertos del Consejo de Relaciones Exteriores –la principal institución no gubernamental en asuntos exteriores– avalaban esta conclusión. Ya en 1941, los estudios realizados concluían que el objetivo de largo plazo fundamental era que “Estados Unidos se convirtiera en la potencia indiscutida de la posguerra y actuara de forma tal que limitara la soberanía de cualquier estado que pudiera interferir con la política de adquirir supremacía militar y económica”, para lo cual se habían elaborado una serie de planes a fin de implementar tales ideas. En años posteriores aparecieron materiales similares en documentos internos e incluso de dominio público. Sin embargo, lo que es diferente en la declaración de septiembre de 2002 es su descaro y su extremismo, y el tono desafiante con que fue anunciada ante la opinión pública: se le advertía al mundo que tuviera cuidado. Esta es la diferencia. Los casos precedentes eran apenas algunas ideas que discutían las élites o planes generales que en nada se asemejaban a esto. Este es el primero y más importante de los hechos a tener en cuenta.

Inmediatamente, la declaración fue seguida por una serie de acciones para implementar la doctrina Bush. Esto incluyó el anuncio de planes militares bastante singulares y medidas para socavar cualquier acuerdo internacional que pudiera impedir la realización de los proyectos anunciados. No cuento con tiempo suficiente, pero debo decir que son bastante interesantes así como también desconocidos. Aún cuando se trataba de documentos públicos, estos no fueron difundidos por la prensa, razón por la cual la mayor parte de la población nada sabe de ellos, a excepción de aquella gente que le presta especial atención a estas cuestiones.

Sin embargo, uno de los pasos tomados para implementar la doctrina de la Seguridad Nacional fue públicamente muy anunciado. Fuerte y claro se proclamó la intención de invadir Irak. Enseguida se comprendió que la invasión de Irak sería una de las denominadas “acciones ejemplares” cuyo fin es demostrar que la doctrina de Seguridad Nacional era considerada muy seriamente y que no se trataba sólo de palabras. Se obraría a voluntad y se aplicaría de inmediato, sin ningún pretexto creíble y sin la intervención de ninguna autoridad internacional. Este último dato es crucial. La estrategia de Seguridad Nacional en sí misma apenas menciona la ley internacional o a las instituciones internacionales. Washington fue muy claro: le informó al Consejo de Seguridad que éste podría ser relevante –tal es el término utilizado– siempre y cuando estuviera dispuesto a otorgar su consentimiento a las acciones que Estados Unidos planeaba llevar a cabo, las aprobaran o no. Si el Consejo de Seguridad rehusaba “ser relevante” se convertiría en un “club de debates,” o sea un mero órgano donde se discuten temas sin influencia alguna en las decisiones operativas. Esto fue lo que explicó Colin Powell,

el “moderado” de la administración Bush. Pocos meses más tarde, en su intervención en el Foro Económico Mundial de Davos, Suiza, Powell dijo que el tema principal de dicho foro era Irak, lo que generó un clima de pesimismo y desaliento. El Secretario de Estado fue enviado como emisario de la administración, para informar que “Estados Unidos tienen el derecho soberano de usar la fuerza militar. Y, cuando estemos convencidos acerca de algo procederemos en consecuencia, aún cuando nadie nos apoye, como en este caso”. Eso provocó una reacción muy hostil entre los “dueños del mundo”, como la prensa de negocios llama a los reunidos en Davos con un leve dejo de ironía. Estas reacciones son hechos importantes a tener en cuenta para pensar el desarrollo del sistema mundial.

La estrategia electoral y el arte de “domar a la bestia”

Otro evento crucial de septiembre de 2002 fue la apertura de la campaña electoral. La administración tiene un débil y frágil control en el frente político interno. La población se opone por lo general a sus políticas domésticas, dato que no es muy sorprendente ya que éstas tienen efectos nocivos para la población en general y, además, transfieren enormes costos a futuras generaciones. Quienes manejan la campaña republicana están muy conscientes de esto. La principal figura, tal vez la persona más importante en Washington, es Karl Rove, quien dirige el comité de campaña. Rove informó a los activistas del Partido Republicano que para las elecciones siguientes –noviembre de 2002– deberían hacer énfasis sobre los temas de seguridad nacional y suprimir alusiones a políticas sociales y económicas. Ciertamente, para esta elección esta estrategia funcionó. Se las arreglaron para ganar por un margen extremadamente pequeño –unas pocas decenas de miles de votos– y la votación mostró que las preferencias de los votantes permanecían iguales pero sus prioridades no.

Suficiente gente para ganar la elección se cobijó debajo del paraguas del poder ante el manipulado temor al enemigo demonizado, construido gracias a una singular campaña de propaganda mediática del gobierno. Esta había comenzado en septiembre y en pocas semanas las encuestas verificaron que la opinión de los norteamericanos se había desplazado muy lejos del espectro internacional. Estudios posteriores más profundos mostraron la existencia de percepciones erróneas y muy estereotipadas en el público fuertemente correlacionadas con el apoyo a la invasión de Irak, lo cual no es muy sorprendente. Yo mismo la hubiera apoyado de haber pensado que Irak era una amenaza inminente para la supervivencia de Estados Unidos y que además era el responsable de las atrocidades del 11 de septiembre dada su estrecha vinculación con Al-Qaeda, que seguramente está planeando nuevos ataques terroristas. Por eso la invasión tuvo un considerable apoyo global. Todas estas creencias estaban ampliamente generalizadas en Estados Unidos. Por supuesto, todas ellas son completamente estafalarias y carecen de credibilidad en cualquier otra parte del mundo.

Lo anterior ilustra muy bien uno de los dilemas de la dominación: ¿cómo controlar a la población? ¿Cómo domesticar a las bestias, tal como Alexander Hamilton llamó al pueblo? Ése es el problema, siempre. Es un problema particularmente acuciante cuando los líderes están comprometidos con políticas socialmente regresivas, que dañan y ponen en peligro a las bestias. Hay solamente una manera efectiva para llevar a cabo esta empresa: inspirar miedo. Con frecuencia esta estratagema funciona. Esta es una suerte de “segunda naturaleza” de la gente que hoy maneja Washington. Muchos de ellos han sido reciclados de la administración de Reagan y de la de Bush padre, y pertenecen a los sectores más reaccionarios de aquellos gobiernos. Esta es la forma en que han manejado el poder durante doce años.

El carácter aleccionador de las “acciones ejemplificadoras”

Bien, vayamos a otro de los principales eventos de septiembre de 2002. Mencionamos el anuncio de la estrategia de Seguridad Nacional y la invasión a Irak que, como dije, se entendía como una “acción ejemplar”. Esta iniciativa tendría como objeto anunciar al mundo que las naciones deberían dejar de lado sus intereses nacionales y el derecho internacional y actuar en apoyo de los objetivos norteamericanos. Esto lo dijo, palabras más o menos, el famoso historiador de Medio Oriente de la Universidad de Harvard, Roger Owen. Y este mensaje fue muy claramente comprendido. La oposición a la guerra en todo el mundo –y de hecho también

en Estados Unidos– no tuvo precedentes. Una gran parte de la misma, estoy seguro, estaba basada en el reconocimiento de que Irak, tal como lo admitiera The New York Times luego que la guerra hubo finalizado, “era el primer caso de prueba de la estrategia de la Seguridad Nacional, y ciertamente no el último. Era el plato jugoso para un experimento en la política preventiva”. El término “preventivo” es comúnmente muy mal utilizado. Acción “preventiva” en derecho internacional se aplica a aquellas situaciones que están en el borde de la ilegalidad de acuerdo con la carta de Naciones Unidas, que garantiza el derecho a la autodefensa contra un ataque inminente cuando no hay tiempo para la deliberación y la diplomacia. Guerra preventiva quiere decir que se les permite a los países reaccionar en defensa propia hasta que el Consejo de Seguridad de la ONU tiene ocasión de intervenir. Esta política de autodefensa no tiene absolutamente nada que ver con la noción tal como la emplea Washington y, por tanto, el término no debería ser usado.

A veces en la literatura más técnica en las relaciones internacionales o en la literatura legal internacional aparece como “autodefensa anticipatoria” o “guerra preventiva”. Ambos términos no son sólo obviamente confusos sino también incorrectos. Nada fue “evitado” con la invasión de Irak, y tampoco hubo autodefensa anticipatoria. La declaración presidencial permite el uso de la fuerza contra amenazas construidas, inventadas o imaginadas. De hecho todos estos términos son precisamente eufemismos para lo que fue llamado el “Crimen Supremo” en Nuremberg: el crimen de agresión. Y esto también es suficientemente conocido.

Al iniciarse el bombardeo de Irak, el conocido historiador y ex-asesor de John F. Kennedy, Arthur Schlesinger, escribió un artículo en el que recordó la descripción de Franklin D. Roosevelt del bombardeo de Pearl Harbor como una fecha que vivirá en la infamia. “El presidente Roosevelt estaba en lo cierto”, escribió Schlesinger, “pero hoy somos nosotros los norteamericanos quienes vivimos la infamia mientras el gobierno sigue las políticas del Japón imperial”. Este tipo de comentario tampoco tiene precedentes, sobre todo en la corriente principal de ideas sobre política exterior norteamericana. De hecho la estrategia de Seguridad Nacional y su aplicación desencadenaron mucha zozobra en todo el mundo, incluyendo a la élite diplomática norteamericana, como lo demuestra la cita precedente, y este también es un dato importante, como la mencionada reacción del Foro Económico Mundial de Davos ante las palabras de Powell. En la principal revista del establishment, Foreign Affairs, se publicó luego de la declaración de la estrategia de Seguridad Nacional un artículo escrito por un conocido especialista en relaciones internacionales, John Ikenberry, en el cual se discutía lo que llamó la “Nueva Gran Estrategia Imperial”. Ikenberry fue bastante crítico. Concluyó que esta estrategia plantea un gran peligro al mundo y a Estados Unidos, incluyendo la posibilidad de la proliferación de armas de destrucción masiva y terror como freno de la agresión norteamericana. El punto es bastante obvio: si le anuncias a alguien que lo atacarás, no va a quedarse quieto diciendo “por favor atáquenme”, va a tratar seguramente de elaborar alguna manera de defenderse. La guerra de Irak fue acompañada por las mismas advertencias. Agencias de inteligencia norteamericanas, británicas y otras en el mundo, así como también analistas independientes, advirtieron que las probables consecuencias de la guerra serían la proliferación de armas de destrucción masiva y el terror. Luego de la invasión las mismas fuentes reportaron que aquellas predicciones fueron aparentemente verificadas. Informes de inteligencia dijeron que la invasión a Irak significaba “un enorme retroceso en la guerra contra el terror, llevando a su punto más álgido el reclutamiento para grupos terroristas; de hecho por primera vez Irak se convirtió en un paraíso terrorista”. Respecto a la proliferación de armas de destrucción masiva, especialistas en Irán y Corea del Norte señalaron enseguida que la invasión probablemente estimularía sus esfuerzos para desarrollar armas de destrucción masiva y, de ser cierto, esto tampoco sorprendería a nadie.

En 1981 Israel bombardeó las instalaciones nucleares y reactores iraquíes con el pretexto de que los iraquíes estaban desarrollando armas nucleares. Inspecciones realizadas por físicos de Estados Unidos –incluyendo al jefe del Departamento de Física de Harvard– concluyeron que no había allí instalaciones que permitieran desarrollar armas nucleares. Pero el bombardeo impulsó a Irak a tratar de elaborar y establecer de forma acelerada un programa de desarrollo de armas nucleares. Una vez más, la lógica es bastante obvia, como así también las consecuencias que uno espera.

La dispersión del monopolio de la violencia

Estamos frente a otro de los dilemas de la dominación. La violencia puede intimidar a algunos, pero es probable que incite a otros a la venganza o a la disuasión pese a que nadie puede esperar competir seriamente con Estados Unidos en fuerza militar dado que gasta tanto como el resto del mundo en presupuesto militar y está bastante más avanzado tecnológicamente. Ante la imposibilidad de esa clase de reacción, las víctimas potenciales escogen las “armas de los débiles”, armas de destrucción masiva y terror, asequibles a los mucho menos poderosos. Tarde o temprano las armas de destrucción masiva y el terror se conjugarán. Muy poca gente duda de esto, y las perspectivas son horribles. Hay estudios de alto nivel patrocinados por el gobierno de Estados Unidos que investigan las probables consecuencias de este hecho; la mayoría de ellas se presentan como inevitables. Esto, por cierto, se conocía mucho antes del 11 de septiembre, a mediados de los '90. Hay estudios técnicos que advierten que los poderosos han perdido su monopolio de la violencia. Aún tienen un enorme predominio, pero ya no más el monopolio de la violencia, y esa diferencia es significativa. Esa es una de las razones de por qué el 11 de septiembre fue tan demoledor para Estados Unidos y Europa. La reacción en gran parte del resto del mundo fue decir “esto es espantoso pero: bienvenidos al club; esto es lo que nos has venido haciendo (a nosotros) por cientos de años, lamentamos el ataque pero era esperable”. Esto ocurre cuando se pierde el monopolio de la violencia al que se estaba acostumbrado. Desde luego esto se sabía desde el intento, mucho más ambicioso, de hacer estallar el Centro Mundial de Comercio, en las Torres Gemelas de Nueva York, en 1993, y que estuvo muy próximo a ser exitoso. Según estimaciones de ingenieros y constructores, con alguien que lo hubiera planeado un poco mejor, decenas de miles de personas hubieran muerto. Aquello fue llevado a cabo por gente relacionada a organizaciones del tipo Al-Qaeda, entrenada por Estados Unidos y sus asociados en Afganistán en los años '80. Aparentemente su líder había sido traído a Estados Unidos y mantenido y protegido por la CIA. Por cierto, al mismo tiempo que intentaban hacer estallar el Centro Mundial de Comercio, Bill Clinton estaba enviando activistas de Al-Qaeda y del Hezbolá para pelear junto a Estados Unidos en la Guerra de los Balcanes. Insisto, todo esto ocurría al mismo tiempo. Desde 1993 fue obvio para cualquiera que leyera el periódico que era sólo cuestión de tiempo antes que ocurrieran nuevas atrocidades terroristas de este tipo.

Aún con lo terribles que fueron los ataques del 11 de septiembre, siguen sin cambiar realmente los análisis de riesgo, que en lo sustantivo permanecen igual. El atentado ocurrió y en el fondo no cambió nada, excepto las atrocidades en sí mismas. No es un secreto para nadie. Los planificadores de la administración Bush hoy discuten con los críticos del establishment en círculos muy estrechos. La administración seguramente sabe que las acciones que están anunciando y adoptando aumentan la amenaza para la seguridad del pueblo norteamericano y del mundo, y aunque no desean esto no es precisamente prioritario para ellos evitarlo. Hay muchas otras decisiones que a su juicio merecen una atención preferencial, tales como la dominación global, la aplicación de políticas regresivas que eliminen las legislaciones progresistas nacionales y el rechazo de aquello que los líderes de negocios llaman “el creciente poder político de las masas”. La literatura empresarial suele parecerse al “marxismo vulgar” en su terminología: los valores son diferentes, pero en su vulgaridad las ideas son semejantes.

El actual liderazgo es extremista en la persecución de estos fines, pero el espectro de ideas es estrecho, y esto es importante entenderlo. La crítica de la élite no tiene precedentes en cuanto a su intensidad, pero en gran parte se basa en el reconocimiento de que las políticas de la Casa Blanca pueden resultar muy dañinas a los intereses del poder y el privilegio. Los dueños del mundo no quieren perderlo, y estas políticas pueden destruirlo. La crítica también se apoya en la creencia de que existen medios más seguros y eficaces para alcanzar más o menos los mismos fines.

Un buen ejemplo fue discutido ayer a propósito del caso de Brasil, y ustedes saben acerca de esto¹. Cuarenta años atrás Brasil tuvo un presidente tibiamente populista, con algún grado de apoyo popular. Esto fue suficiente para que la administración de J.F. Kennedy lo percibiera como un peligro e instigara un golpe militar que estableció el primer “estado de seguridad nacional”, estados neo-nazis que luego se extenderían por todo el hemisferio. Bueno, hoy

Brasil posee un presidente bastante más radical que aquél. Lula fue electo con enorme apoyo de organizaciones de masas que se han venido desarrollando en los últimos veinte años, pero no se necesita hablar de un golpe militar. Las razones pueden ser varias, pero una de ellas es seguramente, que el golpe militar ya no es necesario para “domesticar a las bestias”.

Neoliberalismo y corrosión de la democracia

En cuanto a las consecuencias económicas de las medidas neoliberales de los últimos treinta años podemos decir que sus efectos económicos son discutibles, pero es claro que estas medidas socavan la democracia. Esencialmente, la hacen imposible. Esto fue entendido setenta años atrás por John Maynard Keynes, quien señaló que el experimento de gobiernos democráticos es puesto en peligro por los mercados financieros internacionales globales. Por tanto, el Sistema de Bretton Woods diseñado por Keynes y el representante de Estados Unidos, Harry Dexter White, después de la Segunda Guerra Mundial, se basaba en los siguientes principios: (a) que los estados pudieran introducir controles al movimiento internacional de capitales y, (b) que ellos pudieran establecer una muy minuciosa regulación del mercado monetario, fijando la cotización de las monedas dentro de límites muy estrechos a fin de impedir maniobras especulativas en contra de las mismas.

La primera de las medidas que dismanteló este sistema treinta años atrás fue la liberación de los flujos financieros internacionales del capital. Y de este modo se hizo presente, tal como estaba previsto, la amenaza que podía destruir los experimentos democráticos. A medida que estas medidas se intensificaron e incrementaron, redujeron las posibilidades de los gobiernos para adoptar políticas ya que éstas comenzaron a ser realmente determinadas cada vez más por lo que es a veces denominado “el parlamento virtual de inversionistas y prestamistas”. Ellos son quienes hoy deciden qué políticas son aceptables y, si las políticas adoptadas no son de su agrado, destruyen la moneda, socavan la economía y demás.

En este sentido, otros elementos del programa neoliberal también tienen las mismas consecuencias. Tomemos las privatizaciones, verdadero mantra del neoliberalismo: no hubo justificación económica alguna para las privatizaciones. Sin embargo, hay una muy buena motivación política: la privatización reduce la arena pública por definición y transfiere decisiones de la arena pública a las manos de tiranías privadas que no rinden cuentas ante nadie. Las corporaciones no son otra cosa. Y esto, por definición, quebranta las democracias. Ahora están negociando la privatización de servicios. Si llegara a materializarse, llevarían la arena pública a virtualmente nada. La reducirían tan drásticamente que la democracia formal podría ser tolerable. De hecho ha sido introducida en América Latina sin mayor preocupación por los efectos que pudiera tener. La extensión de la democracia formal en América Latina en años recientes ha sido acompañada por una constante falta de confianza en este régimen. No voy a extenderme sobre las razones de este hecho ya que fueron profundamente trabajadas por Atilio Boron en *Tras el Búho de Minerva*. Años atrás, la extensión de la democracia formal coincidió con la aplicación de las políticas neoliberales que de esta manera minaron el funcionamiento de la democracia. De hecho, son políticas diseñadas para ese propósito. Nadie lo dice, pero no puede ser que las personas que las defienden ignoren puntos tan sencillos como éstos, que fueran tan obvios para Keynes y que constituyen verdaderos truismos.

Bien, muchos de los críticos del establishment admiten preferir mucho más las medidas blandas para domar a las bestias que los extremismos de la Administración Bush, tanto en la escena doméstica como en la internacional. Es digno de tener en mente que los pronósticos sombríos que expresamos aquí son en su mayor parte compartidos por la gran mayoría de los planificadores del gobierno en todo el espectro político. Samir Amin habló ayer de lo que él llama “la tendencia hacia el apartheid en una escala global”². Y los planificadores militares y de la comunidad de inteligencia de Estados Unidos tienen expectativas similares. Utilizan diferentes terminologías y aplican las políticas que esperan tengan esas consecuencias en lugar de oponerse a ellas, pero el análisis es aproximadamente el mismo. Permítanme citarlos, ellos “predicen que la globalización —el estilo neoliberal de globalización— conducirá a un ensanchamiento de la brecha económica entre ricos y pobres y que la profundización del estancamiento económico, la inestabilidad política y la alienación cultural conducirán a la agitación y la violencia entre los pobres”, dirigida en gran medida contra Estados Unidos pues

éste es percibido como el causante de estos sufrimientos. Este análisis se originó durante la Administración de Clinton, no la de Bush, e ilustra una vez más que estas concepciones son ampliamente compartidas. La planificación militar está pensada con vistas a esta eventualidad, bastante explícitamente. Existe una analogía doméstica, probablemente esta visión se encuentre en el corazón mismo del brusco incremento de la criminalidad. El aumento de los encarcelamientos durante el período neoliberal tuvo como centro a gente que en Latinoamérica es a veces llamada desechable o blanco de "limpieza social". Estados Unidos es más civilizado: en lugar de asesinarlos los encarcela, y esto marcha en paralelo con todo el período neoliberal. Clinton incrementó el número de los encarcelados en alrededor del cincuenta por ciento. Bien, todo esto nos conduce al primer dilema: ¿cómo controlar a la población que está soportando los costos y riesgos?

¿Cómo ganar las elecciones presidenciales de 2004?

Por estos días, el problema específico es cómo ganar la elección 2004. Bueno, si ustedes quieren saber cómo se hace eso, vuelvan al 1° de mayo pasado. Recuerden la escena cuidadosamente montada en la cual el presidente Bush aterrizó en un avión de guerra sobre un portaviones, puesto de manera tal que la gente obtuviera la toma televisiva correcta, con vestimenta de combate, casco, y demás. Esta escena fue objeto de ridículo en el resto del mundo, pero en Estados Unidos fue tomada muy seriamente. En su primera página, The New York Times, describió al discurso del presidente como "un poderoso final reaganiano" —aunque no se cuánto de genuino hubo en ese gesto. Pero los más astutos observadores describieron el evento como la apertura de la campaña presidencial 2004, que se construirá en base a temas de seguridad nacional. Ese fue el reporte del Wall Street Journal.

Karl Rove, el encargado de la campaña, fue claro: dijo que el tema de la próxima elección será la batalla de Irak. Enfatizó batalla, y no guerra. La guerra continuará, la guerra es la guerra contra el terrorismo y eso debe continuar, porque no hay otra manera de atemorizar a la población y hacer que obedezca. Y si sucede algo aberrante, como la destrucción de un país, es uno de los costos que es necesario pagar. El presidente Bush declaró la victoria en la guerra contra el terrorismo al eliminar a un aliado de Al-Qaeda como Irak. No importa que ningún observador competente, incluyendo la CIA, crea una sola palabra de esto. Se trata de una verdad trascendente y por lo tanto los hechos son irrelevantes, incluyendo el hecho de que la única conexión conocida entre Irak y el terror es que por lo visto la invasión potencia la amenaza del terror exactamente tal como había sido pronosticado, pero esto no hace diferencia alguna y todo continúa igual. Unas pocas semanas atrás en su programa de radio semanal el presidente anunció que el mundo era más seguro hoy porque su coalición acabó con un régimen que cultivaba vínculos con el terrorismo mientras construía armas de destrucción masiva. Eso fue unas pocas semanas atrás. Los asesores y elaboradores del discurso de Bush saben muy bien que todas estas acusaciones son meras invenciones. Pero también saben que si uno las repite con suficiente frecuencia y a viva voz ellas se vuelven verdaderas. No lo inventaron pero lo saben, y funciona, al menos temporalmente. Funcionó en septiembre de 2002. En pocas semanas alrededor del sesenta por ciento de la población creyó que Irak era una amenaza a la seguridad de Estados Unidos. Nadie en el mundo creía esto, incluyendo Kuwait e Irán, que tenían muchas razones para temer a Saddam Hussein. Saddam los invadió, y les hubiera gustado hacerlo trizas, pero no consideraban que fuera una amenaza pues sabían que Irak era el país más débil de la región, que había sido devastado por sanciones criminales y que en lo esencial se hallaba desarmado. De otra manera Estados Unidos no se hubiera atrevido a atacarlo: en Irak tienen un monstruo horrible gobernando el país pero no es una amenaza para nadie. De hecho Kuwait e Irán se unieron a otros países de la región para tratar de integrar a Irak nuevamente a su propio sistema regional por encima de las fuertes objeciones de Estados Unidos. Pero en Estados Unidos creyeron estas patrañas. Pocas semanas después el Congreso aprobó una resolución autorizando al presidente a usar la fuerza dada la amenaza planteada por el gobierno de Irak a la seguridad de Estados Unidos. La prensa y algunos intelectuales fueron lo suficientemente amables como para no recordarnos que el Congreso estaba repitiendo un guión que le era familiar. Ya en 1985, el presidente Reagan había declarado la emergencia nacional por lo que él llamó "la amenaza inusual y extraordinaria planteada por el gobierno de Nicaragua a la seguridad de Estados Unidos". Distante sólo dos días en automóvil de Texas, los norteamericanos debían estremecerse y temer mucho más a las hordas de nicaragüenses que constituían una amenaza "inusual y

excepcional” mucho peor que la existencia de Saddam Hussein. Y de hecho todo esto ayuda a explicar la confianza de Karl Rove respecto a ganar la elección venidera. Regresemos ahora al poderoso triunfalismo reaganiano reflejado en el discurso de victoria de Bush.

El discurso triunfal de Reagan decía lo siguiente: “nos hemos parado otra vez, firmes y altivos, habiendo conquistado el éxito en la defensa de la tremenda amenaza planteada por Granada, venciendo la resistencia de unas pocas decenas de obreros de la construcción con seis mil fuerzas especiales quienes obtuvieron ocho mil medallas de oro durante la invasión de Granada”. Por tanto, nos estábamos parando firmes y altivos, y el finale reaganiano triunfal del pasado 1° de mayo en el portaviones fue un recuerdo de aquel gran momento de la historia moderna.

Eso ocurrió durante los años ‘80. Cada año había alguna noticia que asustaba. Atacantes libios merodeaban las calles de Washington para asesinar a nuestro líder, parte de la campaña de Libia para expulsar a Norteamérica del mundo. Reagan dijo “los crímenes en las calles de Granada y Nicaragua son una amenaza a nuestra existencia”. El primero de los presidentes Bush ganó la elección de 1988 fundamentalmente recurriendo a la carta racista, la amenaza del “criminal negro que violará a tu hermana a menos que me elijas”. El temor ante la droga obra exactamente igual: la droga y el crimen en Estados Unidos son lo mismo que en otras sociedades industriales, pero manipulados adecuadamente tienen peores consecuencias. Funcionó alrededor de doce años para la administración, que fue capaz de permanecer en el poder aun cuando la población estaba bastante enfrentada a sus políticas regresivas. De hecho, en 1992, Ronald Reagan era considerado el ex presidente vivo más impopular, cerca de Richard Nixon y bien por debajo de James Earl Carter y Gerald R. Ford. Bueno, por eso ellos quieren repetir el mismo guión. Ya que no por casualidad funcionó bien antes, intentémoslo nuevamente.

La apuesta a la dominación mundial

Todo lo anterior es fundamental para el grupo dominante norteamericano. Y hay varias apuestas contenidas en la actual coyuntura. Internacionalmente, una apuesta es la dominación mundial, y como puede colegirse no se trata de una meta menor o secundaria. También el control sobre el petróleo del Medio Oriente es una apuesta fuerte. La expectativa, supongo, es que Estados Unidos acabará por establecer bases militares en Irak. Por primera vez podrá tener bases estables justo en el corazón de la mayor región productora de petróleo del mundo en un estado cliente, un estado que será llamado libre e independiente, e incluso democrático, pero que en secreto es un estado gobernado por lo que los británicos llamaban “una fachada Árabe” –dominio colonial detrás del cual gobernaba Gran Bretaña. Esa es la manera como Estados Unidos ha gobernado su propio “patio trasero”, América Central y el Caribe, por cien años, y ha sido habitual en la historia del imperialismo. Es sobre todo importante en el caso de Medio Oriente. En 1945 el Departamento de Estado reconoció que sobre todo el petróleo de la región del Golfo es una fuente estupenda de poder estratégico y uno de los premios “materiales” más importantes en la historia de la humanidad. Controlar dicha área, por lo tanto, no es una cosa menor, y Estados Unidos debe, por supuesto, someterla. Ese ha sido un tema clave de la historia de la posguerra. Las mismas predicciones de los organismos de inteligencia que he mencionado previamente habían anticipado que la región del Golfo suministrará alrededor de dos tercios de los recursos de energía del mundo en la próxima generación. Por consiguiente Estados Unidos debe controlar esa región. Tengan en cuenta que dije control, que no es lo mismo que acceso. No importa si Estados Unidos usa el petróleo o no. En el supuesto caso de que Estados Unidos decidiera reconvertirse por completo a la energía solar, aún así sería imprescindible que controlara el petróleo de dicha zona. De hecho predicen y anticipan que Estados Unidos confiará cada vez más en las cuencas petroleras más estables del Atlántico –en África Occidental y el hemisferio occidental, fundamentalmente Canadá, México, Venezuela y Colombia– y ésta es parte de la razón por la cual preocupa tanto la conflictividad en la región andina. Pero aun cuando Estados Unidos no utilizara el petróleo del Medio Oriente, así y todo quiere y debe controlarlo. Esta magnífica fuente de poder estratégico existe y eso es lo que los planificadores norteamericanos señalaron cincuenta años atrás. Controlar dicha fuente otorga lo que ellos llaman el “poder de veto” sobre lo que otros gobiernos pudieran

hacer. Por tanto hay un interés internacional muy poderoso en juego y hay también poderosos intereses nacionales.

Los de la administración Bush no son conservadores, son estatistas reaccionarios radicales, lo que es algo completamente diferente. Sus políticas incluyeron desde sus inicios un enorme incremento en el gasto federal, de hecho el mayor incremento desde el advenimiento de la administración Reagan, combinado con una masiva reducción de impuestos para los ricos con las consecuencias perfectamente obvias que eso acarrea para los pobres. Esto produjo aquello que los economistas llaman un “descarrilamiento fiscal”. De hecho, economistas del gobierno ahora estiman cuentas impagables de aproximadamente 45 trillones de dólares, alrededor de seis veces el producto bruto nacional total. Se le preguntó al vocero presidencial acerca de esto en una conferencia de prensa y respondió que: “sí, es correcto, y por lo tanto el Congreso deberá hacerse responsable frente a los seguros de enfermedad, a los programas de salud (limitados pero existentes), seguridad social y otros programas para la población”. Y cuando dice que ellos deben ser responsables no quiso decir financiarlos con impuestos progresivos; quiso decir destruirlos. Ese es el punto. Hay una frase pronunciada por el director del presupuesto de la primera administración Reagan que, traducida, quiere decir: “tenemos que hambrear a las bestias, tenemos que también hambrear a aquellas partes del gobierno que sirven al público general”. Pero no puedes presentarte como candidato presidencial diciendo: “quiero eliminar el cuidado de la salud, la seguridad en las calles, la educación, y demás”. Sí puedes decir, en cambio: “bueno, lo siento pero tenemos una deuda inmensa, impagable, de 45 trillones de dólares, por lo cual no podemos financiar ninguna de esas cosas”. Sin embargo, por supuesto, podemos aún continuar financiando y de hecho expandiendo aquellas partes del gobierno al servicio de los poderosos y privilegiados. Ese es esencialmente el programa y no es muy secreto, parte de eso es el gasto militar. Debe recordarse que el gasto militar tiene un propósito y una función que son substancialmente nacionales: suministra una protección para el desarrollo de la tecnología del futuro. Si usted utiliza una computadora, Internet y las telecomunicaciones y otras cosas por el estilo, está disfrutando de los resultados de décadas de transferencia de costos y riesgos al público bajo el pretexto de la defensa nacional. Luego los resultados pueden ser cedidos a corporaciones privadas para su propio provecho, y esto es lo que ha ocurrido. Esto es verdad en la llamada “nueva economía” y está también previsto para la economía del futuro. Esta es también una de las tantas consideraciones por las cuales los ricos y poderosos jamás soñarían en participar en sistemas de mercado: “los mercados son para los pobres y los indefensos, no para los ricos”. Ese es esencialmente, en su máxima expresión, el guión seguido en el pasado reciente. Para hacer que el público pague los costos, tome los riesgos, sufra las consecuencias, hay sólo un método: “presionar el botón del pánico.”

La Vieja y la Nueva Europa

Bien, existen otros dilemas de la dominación. Uno de ellos se relaciona con la necesidad de controlar otros centros de poder. Eso también fue tema de anoche³. La conquista más espectacular de la campaña de propaganda del año pasado no ha sido, en mi opinión, la creación de imágenes fantásticas de Irak. Hubo algo más dramático, a saber: la admiración ante la inspirada visión del presidente de llevar la democracia al Medio Oriente, “tributo a un anhelo por la democracia”, como lo describieron algunos comentaristas de prensa. Esta noble aspiración presidencial marchó de la mano de la más notable exhibición de odio y desprecio a la democracia que yo haya visto jamás. No puedo recordar ningún equivalente. Una ilustración de lo que quiero decir es, por ejemplo, la distinción entre la Vieja y la Nueva Europa que fue el tema principal de la primera parte del año. La Vieja Europa: Alemania y Francia son los chicos malos, a los que odiamos y con los cuales rivalizamos. La Nueva Europa es Berlusconi, Aznar y los ex satélites rusos a quienes admiramos por sus logros maravillosos. ¿Cuál es el criterio que distingue la Nueva Europa de la Vieja Europa? Bueno, es absolutamente claro. La Vieja Europa, la mala gente, son los países donde los gobiernos tomaron la misma posición que la abrumadora mayoría de su población; la Nueva Europa la conforman los países donde los gobiernos desoyeron contundentemente a la mayoría de su población. El criterio fue explícito, y no existe, creo, manera más dramática de decir: yo odio y desprecio la democracia. Quizá el ejemplo más extremo fue Turquía. A todos sorprendió que el gobierno turco tomara la misma posición que el noventa y cinco por ciento de la población, y por eso fue agriamente condenado por carecer de credenciales democráticas. Esta fue de hecho la palabra utilizada para describir

la situación. Paul Wolfowitz, quien se suponía era el gran visionario, incluso condenó a los militares turcos porque no intervinieron para impedir que el gobierno tomara tal posición y los instó, les ordenó que se disculparan ante Estados Unidos por este deterioro de sus credenciales democráticas, y que aceptaran ayudar a Estados Unidos en el futuro. Todo esto ocurrió sin mayores comentarios de la prensa. Aunque, al decir verdad, algunos comentarios fueron realmente asombrosos. Por ejemplo, un prominente intelectual como Robert Kagan condenó lo que él llamó “el anti-americanismo conspiratorio y paranoide de la Vieja Europa y su afiebrada intensidad”, que quiere decir en realidad: “¿cómo pueden los europeos ser incapaces de comprender que somos nobles y que su tarea es la de servirnos?”. Afortunadamente, hay figuras esclarecidas como Berlusconi y Aznar que lo entendieron y lo mismo ocurre con los ex-satélites rusos, donde ya tenían experiencia en la materia.

El más exitoso de esos satélites es Latvia. Cuando se le preguntó al ex ministro de relaciones exteriores de Latvia por qué su gobierno apoyaba a Estados Unidos aún cuando la población estaba abrumadoramente en contra, dio la respuesta correcta: “nosotros tenemos que saludar y gritar: ‘sí señor’. Nosotros tenemos que complacer a América, y así demostraremos nuestras credenciales democráticas”; todo esto sucedió sin un comentario de la prensa que presenciaba tan sorprendente declaración. Esto es todo un logro. No creo que muchos estados totalitarios puedan alcanzar ese tipo de impacto propagandístico. El odio y el temor de la Vieja Europa – Francia y Alemania sobre todo– tuvo una razón mucho más profunda que el miedo visceral y el desprecio por la democracia. Desde la Segunda Guerra Mundial ha habido una considerable preocupación relativa a la posibilidad de que Europa pudiera adoptar un curso de acción independiente de Estados Unidos. Durante la Guerra Fría esto se llamó el “miedo de una tercera fuerza”. No hay tiempo para hablar al respecto pero se están revelando datos interesantes con la apertura de los archivos de norteamericanos y rusos– sobre cómo esto influyó en los años cincuenta y los sesenta. La aparición de una tercera fuerza ha sido una preocupación central a lo largo de muchos años.

En 1973, el otro 11 de septiembre hirió a América Latina con el golpe de estado que derrocó a Salvador Allende, matando a varios miles de personas, equivalente tal vez a unos 60 mil en Estados Unidos haciendo algunas estimaciones bastante conservadoras. Ese 11 de septiembre, como saben, fue fuertemente apoyado y en parte instigado por Estados Unidos. Henry Kissinger expresó sus razones: la victoria de Allende podría ser un virus que propagaría su contagio no sólo por América Latina sino por todo el sur de Europa. Enviaría el mensaje de que una vía pacífica era posible para alguna forma de democracia social e independiente, y eso era inaceptable. De hecho, al mismo tiempo, en el sur de Europa, Estados Unidos estaba llevando a cabo extensas subversiones similares a la de Chile, sobre todo en Italia. Grandes operaciones de la CIA estaban bajo ejecución; de hecho, habían estado ocurriendo desde 1947 y continuaban a comienzos de los años '70 para impedir a la democracia italiana que funcionara, llegando inclusive a apoyar a elementos fascistas como de hecho ocurrió en Grecia. Estados Unidos es un poder global; lo que está ocurriendo en un sitio está por lo general sucediendo en algún otro lugar. Y el temor ahí también era la propagación del contagio.

Incidentalmente, el Kremlin coincidió con esta política. Ellos también odiaban y temían el aumento del eurocomunismo y, poco después, cualquier forma de socialdemocracia. En Europa le temían como Kissinger, y ambos tenían la misma percepción. Este temor al desarrollo independiente exitoso es, creo yo, el tema nodal de la Guerra Fría, enmascarado bajo pretextos de seguridad por ambos lados.

Cuba es un caso muy notable. Los registros clasificados son sumamente esclarecedores al respecto, y estoy seguro de que ustedes saben sobre esto. El Zar y Metternich advirtieron el peligro del contagio de principios republicanos de las liberadas colonias americanas que podría minar el marmóreo orden de Europa, y Kissinger estaba probablemente citando al Zar y a Metternich cuando advirtió del contagio de Allende en Chile y de la socialdemocracia en Italia. No olvidemos que él es un experto de ese período histórico.

También en ese año, 1973, se declaró “el año de Europa”. Se celebraba su definitiva recuperación de la guerra y Kissinger pronunció un importante discurso llamado “El Discurso del Año de Europa”, en el cual le aconsejaba que velara por sus intereses regionales pero dentro de la estructura de orden dirigida por Estados Unidos. En otras palabras, “no vayan en

una dirección independiente". Y por supuesto este mensaje estaba especialmente dirigido a Francia y Alemania, el corazón industrial, comercial y financiero de la región. Si ellas decidían partir en un camino propio el resultado podía ser aterrador. Los pasos para expandir la OTAN y la Unión Europea, y la profunda preocupación que suscita ahora mismo la creación de una fuerza militar europea independiente, son todas cuestiones que caen dentro de esta vieja preocupación norteamericana.

Hay otra preocupación: el Nordeste de Asia. Es la región económica más dinámica en el mundo; está creciendo rápidamente; y su producto bruto conjunto es mucho más alto que el de Estados Unidos. Tiene en sus arcas alrededor de la mitad de las divisas en el mundo, está sumamente involucrada en el comercio mundial, y creciendo por encima de Estados Unidos y Europa. También es una región que podría integrarse y ser auto-suficiente. Posee gran cantidad de recursos de energía en Siberia Oriental y no hay grandes conflictos acerca de la construcción de oleoductos. La región alberga a algunas de las principales potencias industriales del mundo: Japón y Corea del Sur, con China incorporándose muy rápidamente. Estados Unidos está bastante preocupado porque la región pueda también alcanzar alguna forma de independencia, incluyendo su autonomía en términos de recursos energéticos. En tal caso se libraría del poder de veto que proviene del control de las fuentes de energía y las rutas de tránsito que detenta Norteamérica, un tema crucial para los intereses militares de Estados Unidos en el Medio Oriente y Asia Central. La gran pregunta se centra en el trazado que seguirán los oleoductos desde Asia Central y también sobre el rumbo que adopte Corea del Norte. Hay muchos otros temas sobre los cuales, otra vez, es imposible poder explayarme en este momento como desearía.

Los nuevos rostros de la carrera armamentista

Retomemos la idea inicial: la estrategia belicista de Seguridad Nacional es peligrosa incluso y especialmente para Estados Unidos. Los recursos tecnológicos actuales permiten atacar en cualquier parte, sin advertencia previa, y con una vigilancia tan pormenorizada que posibilita ver a automóviles atravesando las calles en alguna ciudad situada en las antípodas. Eso reduce la necesidad de bases militares en el extranjero y de aliados y –en principio y tal vez en la práctica– ofrece un método increíble de controlar al mundo mediante la violencia. También ofrece, muy probablemente, un método para destruir al mundo porque se sabe que estos sistemas son extremadamente peligrosos. Y, por supuesto, ante esto otros actores internacionales no permanecen indiferentes y reaccionan.

Rusia, por ejemplo, ya ha respondido con un marcado incremento en su capacidad militar. El gasto militar fue aumentado en alrededor de un tercio en el último año, reaccionando a los planes de Estados Unidos exactamente como se suponía que lo haría. Hoy se está concentrando en la elaboración de misiles de mayor sofisticación y variedad, incluyendo submarinos más avanzados que cuenten con perfeccionados misiles intercontinentales. Luego de que Estados Unidos desmantelaran el Tratado de Misiles Anti-Balísticos (ABM) Rusia se reposicionó, aparentemente, mediante la colocación de sus misiles en lo que se llama "Lanzamiento y Advertencia" (Launch and Warning), o lo que es lo mismo, respuesta automática, y esto es virtualmente una receta para destruir al mundo. Su deteriorado sistema de comando y control potencialmente garantiza un accidente, y las probabilidades de que esto ocurra se incrementarán a medida que estos sistemas militares se amplíen. Todo esto es bien sabido, y se puede leer todo al respecto en las revistas técnicas. Tan sólo dos semanas atrás, el Ministro de Defensa ruso, Sergei Ivanov, informó a la OTAN que Rusia está adoptando la doctrina de Bush del primer ataque, incluyendo el ataque nuclear contra una amenaza percibida. Bien, esa es la estrategia de Seguridad Nacional de Bush. Ahora el mundo es un lugar más inseguro, una vez que Rusia ha decidido seguir la iniciativa de Estados Unidos en materia estratégica. No se puede pretender reservar ese derecho exclusivamente para uno mismo; los rusos están siguiendo el ejemplo y presumiblemente otros reaccionarán de modo similar. Esta es la bien conocida lógica de la escalada.

Lo mismo es verdad en relación con la denominada Defensa Misilística. Esto ha sido perfectamente bien entendido por especialistas militares de China y Estados Unidos. De hecho, ambos utilizan los mismos términos y saben igualmente bien que la Defensa Misilística es un arma ofensiva. Lo que dicen estos analistas es que la defensa de misiles es no sólo un escudo

sino también una fuente que suministra los medios necesarios para un primer ataque nuclear en la esperanza de sobrevivir a una represalia, con las consecuencias esperables. China está respondiendo exactamente como se esperaba mediante el incremento de su capacidad militar nuclear ofensiva, lo que obliga a India a responder de la misma manera, lo que a su vez fuerza a Pakistán a responder, y luego todo esto tiene sus efectos sobre Medio Oriente y en gran parte del resto del mundo.

Otra vez, todo esto es conocido, sólo que a estas amenazas, incluyendo amenazas de destrucción masiva, no se les presta la suficiente y debida atención. Más evidencia sobre el ranking de las amenazas fue producida en septiembre y octubre de 2002. El 19 de septiembre, dos días después del anuncio de la nueva estrategia de la Seguridad Nacional, la administración Bush liquidó los esfuerzos internacionales para fortalecer la Convención sobre Armas Biológicas (Biological Weapons Convention-BWC) que contemplaba el suministro de mecanismos de fiscalización y control que impedirían el desarrollo de las mismas. Poco después, el 23 de octubre, Estados Unidos bloqueó los esfuerzos realizados en las Naciones Unidas para impedir la militarización del espacio –que la ONU describió correctamente como un grave peligro para la paz y seguridad internacional– y también bloqueó esfuerzos tendientes a reafirmar un protocolo de 1925 prohibiendo la guerra bacteriológica, amenaza muy seria para Estados Unidos, probablemente imposible de impedir. Un buen ejemplo son los ataques del ántrax: aún cuando el rastreo de este elemento condujo hasta un laboratorio federal, todavía no se ha descubierto de dónde provinieron esas acciones, lo que ilustra las dificultades existentes para impedir semejantes ataques. Los esfuerzos por prohibirlo fueron bloqueados por la administración Bush en octubre pasado. Desde 1999, Estados Unidos ha bloqueado esfuerzos por reafirmar y fortalecer el Tratado del Espacio Exterior de 1967 que prohíbe la militarización espacial. Éste también ha sido bloqueado desde el año 2000, y Washington también bloqueó negociaciones en la Conferencia sobre Desarme y Militarización del Espacio de las Naciones Unidas.

Recientemente, la Administración Bush anunció que ya no está limitada por el Artículo 6 del Tratado de No Proliferación Nuclear. Este artículo es el único que establece obligaciones para las potencias nucleares. Ya que se impone el compromiso de hacer esfuerzos de buena fe por eliminar las armas nucleares, sin embargo, todas las potencias lo han violado. De hecho, la administración Bush está desarrollando, de forma abierta y desembozada, nuevas armas nucleares que por supuesto hará que otros respondan de la misma manera.

Todas estas iniciativas aumentan los riesgos de supervivencia. Lo mismo es verdad en relación con la protección del medio ambiente: la negativa a aceptar los Protocolos de Kyoto y otros parecidos es bien conocido, y no hay absolutamente nada de nuevo en esto. Cualquiera que conozca algo de historia, incluyendo los acontecimientos más recientes, sabe que el registro histórico está repleto de ejemplos de líderes dispuestos a correr los riesgos de destrucción con tal de promover sus intereses de poder, dominación y enriquecimiento. La diferencia ahora es ante todo una diferencia de escala. Ahora las apuestas son mucho más altas. De hecho las apuestas son realmente la supervivencia de la humanidad.

La conclusión general, pienso, y parte de esto es la razón por la cual hay un sector de la élite que se opone a las formas peculiares de dominación auspiciadas por la administración Bush, es que la violencia es en efecto un poderoso instrumento de control. La historia así lo demuestra, pero los dilemas de la violencia no son insignificantes y debiéramos entenderlos en toda su complejidad.

NOTAS

*Profesor de Lingüística, Massachusetts Institute of Technology (MIT), Cambridge, Estados Unidos de Norteamérica.

1 Ver en este mismo libro el artículo de Francisco de Oliveira.

2 Ver en este mismo libro el artículo de Samir Amin.

3 Nuevamente remite al artículo de Samir Amin publicado en este mismo libro.